

## NOVELA PASIONAL E INQUIETANTE

Antonio Moreno Ayora

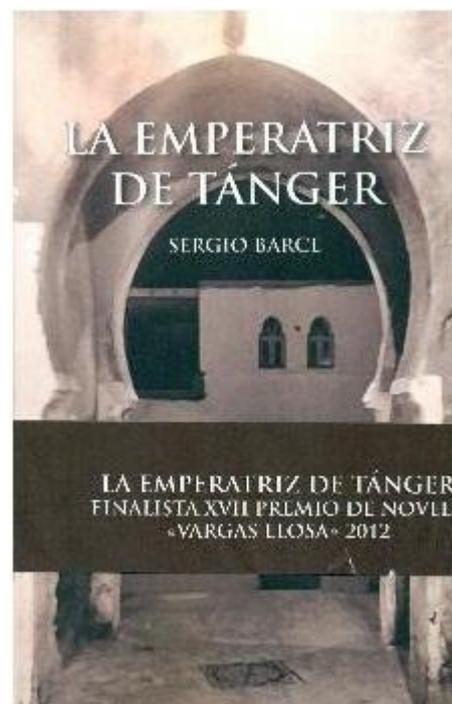
Sergio Barce  
*La emperatriz de Tánger*  
Ediciones del Genal  
Málaga, 2015

Vibrante, íntima y desasosegante forma de comenzar una novela es esta que elige Sergio Barce al enmarcar la imparable pasión amorosa entre Augusto Cobos Coller -a la sazón marido adúltero de Carmen- y la tangerina Yamila. Aparte de esa admitida y secreta relación de encendido erotismo, poco más descubrimos en el primer capítulo de esta incipiente historia que, sin embargo, en estos seis páginas iniciales ya dispara nuestra imaginación y deja en suspenso un conjunto de expectativas que esperamos ver satisfechas poco a poco para ir descubriendo el porqué, la finalidad y los vericuetos en que puede bifurcarse o esconderse tanto desenfreno sexual.

Ya en el segundo capítulo (con nombre de mujer como ocurre en alguno más) descubrimos quién es Augusto Cobos: un escritor con deseos de llevar una vida de libertad y que por esta razón no se ata a ninguna mujer; por eso una de ellas le declaró un día que “siempre huyes”, afirmación que reencontramos cuando se nos dice que “siempre había estado huyendo de ese algo inextricable y ajeno” (p. 20). Tres nuevos datos empiezan ahora también a interesarnos; su otra relación con Esther, su amistad con Pablo Cantos y la precisa circunstancia de que está escribiendo una novela curiosamente titulada *La emperatriz de Tánger*.

El mundo literario del protagonista empieza poco a poco a desplegarse ante el lector, y por este camino accedemos al conocimiento de nuevos personajes: de Paul Bowles y, sobre todo, de Carmen, de Carmen Montes, funcionaria en el Consulado de España en Tánger y experta consultora literaria. A Carmen se le reserva parte del capítulo tercero y todo el cuarto, en cuyo transcurso no solo hallamos el comienzo de una intensa implicación amorosa con Carmen sino también una explícita presentación de la materia de la novela, al comentar y reflejar el pensamiento del propio lector: “*La emperatriz de Tánger*. Me gusta cómo la has llamado. Creí que me enfrentaría a una novela histórica, pero me alegró el comprobar que me equivocaba y que sus páginas me sorprendieran tan profundamente. Es bonito llamar así a una prostituta”. Por esta razón desde los primeros capítulos encierra ya una trepidante lectura, una vibrante sucesión de episodios amorosos y una urdimbre literaria cautivadora.

Cuando el lector acaba ese capítulo titulado “Carmen y Miriam” no tiene ya ninguna duda de que está atrapado por su argumento, con dos líneas de desarrollo inamovibles que corresponden a sus tramas literaria y amorosa, la dos fuerzas que se mantienen en equilibrio constante pero que no anulan otras de menor peso como la



evidente documentación urbana, el detallismo descriptivo, la constante recreación de la intimidad y emotividad de los personajes y la viveza de los frecuentes diálogos que con tanta prontitud plasman el pensamiento de los mismos.

Mezclando cada vez más ficción y realidad (reaparecen por ejemplo nombres de escritores como el aludido Paul Bowles, Eduardo Haro o de juristas como Plácido Fernández Viagas), el argumento avanza cruzando las vidas de Augusto Cobos, de Ricardo Santamaría (de quien el primero hereda su vieja Olivetti) y mostrándolos a cada uno de ellos como “otra pequeña alma descarriada que buscaba en las entrañas oscuras y malsanas del viejo Tánger” (p. 57). Y he aquí otra certeza: Augusto Cobos, el protagonista, se perdía con frecuencia por bares y garitos atiborrándose de alcohol, pero a la vez se abismaba en la vida y en la atracción irresistible de sus sucesivas amantes, con las que desborda el argumento de sensualidad y de erotismo. En esta línea hay que acotar su relación con Miriam (que fue una llamarada de amor adolescente, véase caps. 10 y 11); con Carmen Montes, en cuya despedida nos estremece y casi nos contagia de sus apasionadas lágrimas; con Irena, y con la insustituible Yamila. Paralelamente, y merced a la rara historia que se teje en torno a la desaparición de un capitán falangista, la novela va tomando también tintes de relato policiaco o de novela negra. Sin lugar a dudas la historia va lentamente tomando este rasgo de investigación policiaca que, entre otros capítulos, se adensa en el titulado “Augusto Cobos y Said Barrada” y a partir de aquí - estamos en la página 98 del total de 175 del libro- se intensifica con la sospecha de que el propio Augusto Cobos puede haber cometido inconscientemente un asesinato, el del citado capitán falangista Iriarte.

A partir de aquí se podría hablar también de leves giros argumentales, aunque yo prefiero hablar de complementaciones de la materia novelada. Una de estas variaciones o complementaciones se da cuando Augusto Cobos y Paul Bowles -que ha sufrido una inundación por agua y ha perdido capítulos de la novela que también está escribiendo- acuden a un lupanar para consumir droga, concretamente “majoun”, por eso: “Permanecieron callados, cada uno experimentando efectos distintos, incontrollables, vertiginosos. Una hora después, un entusiasmo artificial se había apoderado de Augusto Cobos Coller” (p. 127). Y es de este modo como el mundo de la ficción se va enriqueciendo con la entrada de nuevos episodios que atan cabos, fomentan las relaciones entre los personajes, perfeccionan el conocimiento que vamos adquiriendo de estos, y con sus contribuciones se va paulatinamente aclarando el embrollo policiaco en que el protagonista Augusto Cobos se ha ido viendo envuelto en el transcurso de la acción al participar en un grave suceso que por unos capítulos -pensamos en “La visita de Said Barrada”, “Charlie Chan”, “Un pobre diablo” y “Taha”- se teje en torno a las circunstancias que rodearon la muerte del capitán Iriarte. Así las páginas de “Taha” son en este sentido cruciales, de un realismo turbulento y verdaderamente aterrador, donde la narratividad se transforma en acción repulsiva y donde el único contraste algo apacible lo supone ese párrafo final en que se describe (descripción por otra parte muy recurrente) la endiablada meteorología de Tánger: “Las nubes se habían resquebrajado y la luz se colaba por entre ellas, igual que láminas de metal que se estrellaran contra el suelo. Todo estaba encharcado y el barro se extendía por las calles dándole un aspecto sucio y envejecido”.

La prueba más fehaciente de que esas dos líneas literarias, la policiaca y la amorosa, acaban fundiéndose en un mismo argumento la tenemos en el siguiente capítulo “La emperatriz de Augusto”, y en parlamentos como estos: “Muy pocas mujeres me marcan”, antecedido a “Yo no puedo decir lo mismo -Barrada miró a los barcos, al

mar, al cielo, y luego sacó otro cigarrillo de su chaqueta...”; y también en: “Las mujeres son mi dicha y mi desdicha -balbuceó finalmente”.

El argumento de la novela está próximo a concluir y lo hará en su definitivo capítulo titulado

“La emperatriz de Tánger”, donde de nuevo advertimos un giro al abandonarse el tono de investigación o policiaco y deslizarlo otra vez hacia el lado sentimental y pasional que tanto ha pesado por sus páginas colmándolas de erotismo y procacidad; leemos en la página 168: “Pero por muy contradictorio que fuese él continuó, y sus manos agarraron las nalgas de Miriam, las separó y hundió la boca en ellas, lanzado por su orgullo o por alguna otra fuerza interna”.

*La emperatriz de Tánger* es una ficción que da satisfacciones, quebraderos de cabeza y sobresaltos a su autor ficticio, y termina dibujando la soledad e infelicidad de un protagonista que queda suspendido en el tiempo de su abandono y envuelto en desolación, tal como pronostican lacónicamente las seis líneas de conclusión de la novela: “Le dio la espalda al Mirador y se encaminó lentamente a su casa. Parecía la única persona que quedara en la ciudad. Nadie lo esperaba, ni había hora de regreso. Metió la mano derecha en el bolsillo de la gabardina y sus dedos notaron el paquete de *majoun*. Eso lo reconfortó, como una promesa de alivio, e irguió la cabeza y siguió caminando”.

Cuando uno acaba esta lectura, tiene la certeza de que ha seguido una historia intensa, emotiva, sensual, pasional, dolorosa a ratos y escalofriante en otras ocasiones, enhebrada con la biografía dramática de un hombre que bordea su felicidad en los límites del sexo y del desenfreno en sus adicciones, dos aspectos que lejos de acercarlo a esa anhelada dicha lo sumen en la culpa y la desasosegante zozobra de la existencia.

Esto es lo que en principio se debe comentar de la novela de Sergio Barce, pero en ella se contienen además otras referencias que aún no hemos destacado. El autor, por ejemplo, ha querido acompañar a sus personajes de la reducida ambientación de un Tánger mítico, con sus históricos e inolvidables lugares de recreo y esparcimiento (restaurantes, bares, cabarets...), todos los cuales nos retrotraen al tiempo de la posguerra que se ancla a finales de los años cuarenta del pasado siglo, y esto el autor lo ha querido hacer con un realismo que no solo alcanza a lo paisajístico y urbano, deteniéndose continuamente en la húmeda y sofocante pluviometría y en su entorno de ciudad cerrada, sino incluso también en la realidad de un lenguaje moteado de expresiones del dialecto árabe marroquí, del que tantos vocablos escuchamos a lo largo de estas páginas: *jai* (hermano), *lejaim* (salud, para brindar), *jardari* (excitado), *nechama* (querido), *safi* (ya), *majoun* (caramelo alucinogeno, “poción del amor”), *baraka* (ya basta, también, suerte divina), y otras que transcriben la inevitable mezcolanza del español y del habla marroquí propio de la ciudad. Esto muy concretamente es un aspecto sociolingüístico al que se alude en el mismo texto literario cuando, en la página 155, se comenta: “Os ocurre a la mayoría de los europeos que habéis nacido aquí, no os molestáis en aprender el idioma del país... ¿Cómo puedes sentirte 'tanyerino' si ni siquiera tratas de asimilar su cultura”. Y la verdad es que ese realismo detallista está cuidado al máximo, como también lo demuestra esta otra mención de la famosa canción de Dámaso Pérez Prado *Qué rico mambo*, música de aquella época que tan oportunamente ambientó a los lugareños y al grupo de camuflados demócratas españoles que pululaban en la sombra, tal y como se deduce de este pasaje (p. 140): “por lo que me ha contado, el capitán echaba pestes de los rojos que se han refugiado en Tánger desde el final de la guerra. Llegó diciendo que lo habían enviado para poner a la falange en el lugar que se merece en esta ciudad”.

Finalmente, hay algo más que creo que igualmente debe ser rescatado del olvido, y es la obstinación con que el autor ha querido tratar en estas páginas el mundo de la literatura, de la escritura o creación, algo que efectivamente comprobamos de distintos modos: en la aparición de escritores en la novela, en el hecho de que tanto al protagonista como al inspector Said Barreda también les atraiga el mundo de la narrativa, luego en los comentarios que se hacen sobre la poesía, también en la desazón que produce en el creador haber perdido ciertas páginas ya escritas, o en la posibilidad de traspasar la realidad a la ficción, como vemos en la página 116: “Cuando se crea, coges, hurtas y robas retazos de muchas vidas, tantas como cuantas conoces. Es como montar un puzzle con las piezas que te convienen”.

Cuando Augusto Cobos, “Le dio la espalda al Mirador y se encaminó lentamente a su casa. Parecía la única persona que quedara en la ciudad. Nadie lo esperaba, ni había hora de regreso”. Es así, con esa imagen de la desolación, la desesperanza y la soledad, como concluye una novela que ha transitado los secretos, maldades y bondades, alegrías y penas del alma humana para conmover al lector y ponerlo siempre al lado de las alegrías y penas de sus personajes. Esta es la función de la narrativa y Sergio Barce la ha cumplido en este texto con denodado afán y magnífico resultado literario.